



Seix Barral

Osvaldo Soriano

Una sombra ya pronto serás

Prólogo de Guillermo Saccomanno





Seix Barral

Oswaldo Soriano

Una sombra ya pronto serás

Prólogo de Guillermo Saccomanno

UNA SOMBRA YA PRONTO SERÁS

1

Nunca me había pasado de andar sin un peso en el bolsillo. No podía comprar nada y no me quedaba nada por vender. Mientras iba en el tren me gustaba mirar el atardecer en la llanura pero ahora me era indiferente y hacía tanto calor que esperaba con ansiedad que llegara la noche para echarme a dormir debajo de un puente. Antes de que oscureciera miré el mapa porque no tenía idea de dónde estaba. Hice un recorrido absurdo, dando vueltas y retrocediendo y ahora me encontraba en el mismo lugar que al principio o en otro idéntico. Un camionero que me había acercado hasta la rotonda me dijo que encontraría una Shell a tres o cuatro kilómetros de allí pero lo único que vi fue un arroyo que pasaba por abajo de un puente y un camino de tierra que se perdía en el horizonte. Dos paisanos a caballo seguidos por un perro mugriento iban vareando animales y eso era todo lo que se movía en el paisaje.

El arroyo estaba seco y bastaba con prender unas ramas para que los bichos y las culebras se alejaran enseguida. Al menos eso me dijo el maquinista con el que hice

el primer trecho a pie después que el tren nos abandonó en medio del campo. Los otros pasajeros se habían quedado esperando que vinieran a buscarlos, pero cuando a la segunda noche el guarda y el maquinista juntaron la comida y se largaron por la vía, yo los alcancé corriendo y así empecé la caminata.

Ahora no sabía adónde iba pero al menos quería entender mi manera de viajar. Encendí el fuego y volví a la ruta a fumar el primer cigarrillo del día. Ya era noche cerrada y estuve escuchando un rato a los grillos y mirando las estrellas. De pronto recordé a aquel astrónomo alemán que vino a verme indignado por las últimas teorías de Stephen Hawking y me propuso que le desarrollara un programa para calcular la onda gravitacional de un astro fugaz. Quería presentarlo en un congreso de Frankfurt pero cuando me trajo las primeras ecuaciones a mí ya me habían echado del instituto.

Hacía rato que estaba sentado al borde del camino cuando pasó un Sierra tocando bocina y casi se lleva por delante la rotonda. Fue el último coche que vi y a las diez fui a buscar unas manzanas que me dejó el camionero porque las manos me estaban temblando de hambre. En el bolso llevaba unos grisines que había sacado del comedor del tren, pero me dije que sería mejor dejarlos para la mañana siguiente. Quería salir temprano, conseguir algo de comer y encontrar a alguien que me acercara hasta una estación donde me devolvieran la plata del boleto. Con eso podría comprarme algo de ropa porque ya me estaba pareciendo a un linyera. Dejé que el fuego se fuera apagando solo, puse el bolso como almohada y pité otro cigarrillo antes de dormirme.

Me desperté al amanecer y fui a ver si encontraba a alguien que pudiera darme una mano. A lo lejos vi a los paisanos que seguían pegados a los caballos como si fueran de una sola pieza. Me hacía falta una comida caliente, una taza de café o algo parecido a lo que toma la gente cuando se despierta. Al ver que cruzaba el alambrado, uno de los peones dio un grito y se me vino al trote con el rebenque al hombro. A la distancia me dio un buenos días sin aprecio y me preguntó qué andaba buscando por ahí. Me escuchaba mirando para atrás como si lo mío no le interesara.

—¿Usted es el que prendió fuego? —me preguntó y señaló el puente con el mango del rebenque.

Le dije que sí, que había dormido allí, y cuando me interrumpió en medio de la explicación me di cuenta de que debía andar muy caído para que un paisano me levantara la voz.

—Eso está prohibido acá —me rezongó como si fuera el dueño del campo.

Nos estuvimos mirando un rato hasta que el otro, que debía ser el capataz, se acercó a ver qué pasaba.

—Venía a pedir un trago de agua, nomás —dije y eso los desconcertó. El otro aprovechó para ponerse en el papel de gaucho bueno y me alcanzó un porrón de ginebra que llevaba en el recado.

—Si quiere se ceba unos mates antes de irse —me dijo y señaló una pava que hervía sobre las brasas.

Le iba a decir que no por puro orgullo pero tenía las tripas tan secas que empezaban a darme retortijones. Tomé un trago, le di las gracias y le devolví el porrón. El otro estaba molesto por lo del fuego o por mi aspecto y se alejó dándole gritos al perro.

En cuanto me dejaron solo me hice un par de amar-
gos bien cargados. El paquete estaba por la mitad y apro-
veché para guardarme un puñado de yerba para más ade-
lante. Al rato ya me sentía mejor. Llené una botella de
agua, la guardé en el bolso y saludé a los paisanos desde
lejos. El estómago se me estaba poniendo en marcha y
eso me hizo pensar que tal vez ese día las cosas me irían
mejor.

Salí a la ruta e hice un trecho caminando despacio,
tratando de orientarme, hasta que me topé con un cartel
todo torcido que decía «Shell, 3 Kms». Me dije que tal vez
allí encontraría algún viajante que aceptara llevarme hasta
la próxima rotonda.

2

Vista de lejos la estación de servicio parecía haber
sido próspera alguna vez, pero ahora tenía nada más que
un surtidor de gasoil para los tractores y otro de nafta
súper por si pasaba alguien en apuros. El aceite que anun-
ciaba la propaganda hacía años que no se fabricaba más.
La gomería y el comedor estaban cerrados y empezaban a
caerse a pedazos. El empleado todavía estaba durmiendo
con las cortinas cerradas y sólo se iba a despertar si escu-
chaba el ruido de un motor.

En el patio encontré una bomba que tiraba un hilo de
agua. Me desnudé y probé lavarme con un detergente de
parabrisas que encontré al lado del surtidor. Al principio
me hizo arder la piel pero si me enjuagaba rápido podía
darme el primer baño completo desde que empecé a an-

dar por las rutas. Me di un buen remojón sentado en la pileta, tratando de no hacer ruido, hasta que vi un gato que me miraba desde el portón del garaje. Era negro y flaco como en los dibujos animados y me mostraba una laucha que revoleaba por el aire. Hice como que no le hacía caso y aproveché para afeitarme con mucho cuidado, usando la espuma que había quedado en la pileta. Sin espejo no era fácil y me hice un corte al lado del lunar. El cuello me ardía y seguramente me iba a brotar un buen sarpullido pero quería estar limpio para no espantar más a la gente.

Lavé el calzoncillo y lo colgué del alambrado. El gato se vino a desayunar a mi lado, y como el baño me había dado hambre saqué un par de grisines y los mastiqué despacio para hacerlos durar. Estuvimos comiendo un rato largo, cada uno concentrado en lo suyo. Alrededor no volaba una mosca pero supuse que en algún momento tendría que pasar alguien que fuera hacia el sur. Cuando terminó, el gato se tiró al sol y cerró los ojos. Todavía no eran las ocho y el cielo estaba limpio como en las mejores mañanas de verano. Pensé que sería domingo y por eso el tipo de la Shell no se había levantado todavía. Las posibilidades de que pasara algún viajante eran pocas pero no quería amargarme: me había dado un buen baño y hasta tenía un poco de yerba para hacerme un mate cocido.

Tantas veces empecé de nuevo que por momentos sentía la tentación de abandonarme. ¿Por qué si una vez conseguí salir del pozo volví a caer como un estúpido? «Porque es tu pozo», me respondí, «porque lo cavaste con tus propias manos». Un chimango vino a posarse sobre el alambre, cerca de la camisa, y el gato abrió un ojo. Al mismo tiempo escuché el ruido de un auto que se acercaba por la ruta. Di

un salto para ir a buscar la camisa y el pájaro salió volando cerca de mi cabeza. Apenas tuve tiempo de calzarme los zapatos y agarrar el saco cuando a la playa entró un Renault Gordini lleno de valijas sobre el techo y un paragolpes alto como el de un camión. Tenía la carrocería llena de parches y las gomas nuevas como si lo hubieran resucitado esa mañana. Dio un salto en el terraplén, hizo un zigzag y entró, triunfal, a la explanada de los surtidores.

—Finito! —gritó el que manejaba, l'avventura è finita!

A duras penas pudo desprenderse del asiento. Pesaba como 120 kilos y le calculé cincuenta y cinco años mal llevados; tenía unos anteojos sucios, la camisa sudada y los zapatos negros bien lustrados.

—Fammi il pieno, giovanoto —me dijo, y para impresionarme sacó un fajo de billetes grandes.

El coche había sido verde pero ahora no se sabía bien. El motor regulaba con un ruido de bielas cascadas; cada tanto una basura se metía en el carburador y la carrocería daba una sacudida, pero el gordo parecía tenerle una confianza ciega y ni siquiera le prestaba atención.

Le dije que yo no era de allí y que estaba esperando que alguien me llevara para el sur. En ese momento se abrió la puerta de la oficina y apareció un tipo rubio, sin ilusiones, enfundado en el mameluco bordó de la Shell.

—Il pieno —repitió el gordo con los billetes enrollados entre los dedos, sin responder a los buenos días del otro.

—¿Y cosa va fare al sur si se puede saber? —me preguntó, mientras apoyaba una pierna sobre el paragolpes y el Gordini se inclinaba casi hasta el suelo.

—Voy a Neuquén —le dije, aunque no estaba muy seguro.

—¡Petróleo! —exclamó y levantó las manos como si hubiera respondido a una adivinanza. Volví a sentarme con el saco en la mano. El de la estación de servicio dormía de pie mientras los números del surtidor corrían y el gordo se rascaba la cabeza con los billetes.

—¿Y va así nomás, a dedo? —insistió con una sonrisa. Si lo decía todo en castellano apoyaba el acento extranjero. Alcé los hombros y le dije que me había quedado sin trabajo.

—Acá no se puede estar —me advirtió el rubio del surtidor que se había despertado de golpe.

Entonces el gordo saltó, indignado, como si el pleito fuera con él.

—Come non può stare qui? Questo è un luogo pubblico! —señaló la insignia de la Shell, como si fuera uno de los accionistas principales—: E l'immagine dell'imprisa, allora?

—Deme justo que no tengo cambio —lo interrumpió el rubio que no parecía muy impresionado por el sermón. Después me miró como a un facineroso y señaló algo a mi espalda.

—¿Es suyo eso?

Había visto el calzoncillo. El gordo se quitó los anteojos y de golpe su aspecto se volvió menos respetable. El empleado dejó el tapón del tanque sobre el capó y fue hacia el alambrado. Pensé que no iba a aceptar explicaciones y me hice a la idea de que estaba condenado a caminar por el campo hasta el fin de mis días. De pronto el gordo me indicó el tapón y me hizo una seña con la cabeza. Como

no tenía nada que perder levanté el bolso, recogí el tapón y me tiré en el asiento desvencijado. El gordo tardó un poco más en llegar pero arrancó igual que si manejara un turbo de ocho cilindros. Entró a la ruta con una maniobra bastante elegante, puso la tercera y le dio un beso a la medallita que llevaba al cuello.

—Signore ti ringrazio —murmuró. En el tablero tenía una calcomanía de Gardel y una estampita de la Virgen de Luján.

—Va a llamar a la policía —le dije.

—No hay teléfono. Nunca hay que ir a lugares que tengan teléfono. ¿El trapo ese era suyo?

—Recién lo había lavado.

Se rio por primera vez. Luego cambió los anteojos por otros para sol y me ofreció un cigarrillo. Me recosté en el respaldo, bajé el vidrio para tirar las primeras bocanadas y me dejé estar. Afuera el aire parecía agua cristalina.

—¿En serio va para el sur? —me preguntó.

—A Neuquén.

—¡Ah, sí! Petróleo me dijo.

—No, no. Informática.

Quiso meter la cuarta pero el motor no daba para tanto y volvió a poner la palanca en tercera. Movía la cabeza de un lado para otro, contrariado, mientras la camisa se le mojaba en la barriga.

—Finito —insistió con el cigarrillo en los labios—. L'avventura è finita.

—¿Italiano? —pregunté.

—Mi apellido es Coluccini. Si se les habla en otro idioma enseguida bajan la guardia.

—¿Siempre le sale bien?

—Casi siempre. Hay que mostrar los billetes, claro. Me enseñó el fajo: el primero era grande pero debajo había una pila de recortes de papel.

—Ingenioso —le dije.

—Y que Dios me ayuda un poco. Vine a la Argentina en el 57, de pibe, y empecé con un circo en Paraná. Al tiempo compré otro en Bahía Blanca hasta que me quedé con todo el sur. ¿Qué tal? Míreme ahora.

Lo miré. No parecía un triunfador.

—¿Qué pasó?

—¡Qué pasó! Que esto se convirtió en un gran circo y el mío estaba de más. ¡Finito! ¡Hasta Bolivia no paro!

Me quedé un rato en silencio, tratando de saber si no me estaba tomando el pelo.

—¿Un circo con animales y todo?

—¡Cómo! El único león en serio de todo el país lo tenía yo. Fue lo último que vendí en Chile.

—Ya veo. ¿Y ahora piensa subir a Bolivia con eso?

—¿Y qué quiere? En otra época tuve un Buick y también un 505, pero me agarró la tormenta. Perdóneme que me meta, pero usted también se hundió, ¿no?

—Completamente. ¿Por qué no se vuelve a Italia?

—Por el momento ese asunto está congelado. Ahora la cosa está en Bolivia. Después Río o Miami. Dios dirá.

Volvió a besar la medalla y se quedó con la vista clavada en el medio de la ruta.

—¿Va a montar otro circo?

—No, ya no tengo edad para eso. Yo era acróbata y prestidigitador pero ahora necesito lentes y no ando bien de la columna.

Empezaba a darme la lata y no iba a dejar que me impresionara. Además me di cuenta de que otra vez estaba yendo en sentido contrario.

—Déjeme en el primer cruce —le dije.

—Como quiera, pero voy a agarrar un camino vecinal. No hay que tentar al diablo. En una de ésas el tipo manda llamar a la policía y usted se olvidó el calzoncillo allá.

3

Anduvimos más de dos horas por un camino de tierra y después llegamos a un pavimento que parecía una raya trazada al infinito. Un Bedford amarillo, que había perdido dos ruedas, estaba inclinado sobre la cuneta, a la espera de que alguien lo sacara del apuro. Coluccini giró a la derecha y entró en la ruta a los tirones. No bien nos acercamos al camión el chofer empezó a mover los brazos y el gordo fue a detenerse bajo la sombra que proyectaba la carga.

—Quince horas que estoy acá —dijo el camionero que era más petiso que un jockey—. ¿Va para Colonia Vela?

Coluccini tenía la costumbre de mover la cabeza para los costados o tal vez era su manera de sacudirse la transpiración.

—Bolivia sin paradas —dijo y de pronto como si se hubiera olvidado de algo, agregó—: l'avventura è finita.

—¿La Paz o Santa Cruz? —preguntó el chofer, que parecía un conocedor.

—Lo que esté más cerca —dijo Coluccini—. ¿Usted iba para allá?

—Ganas no me faltan. El problema es la familia.

Ahí me di cuenta de que me iba a quedar afuera de la conversación. Traté de buscar un punto de referencia en el camino, pero todo era igual: alambrados, vacas, alguno que otro árbol, una nube zonza que flotaba a la deriva.

—¿Dónde queda Colonia Vela? —le pregunté al camionero que se estaba quejando de tener dos hijos en la escuela o algo así. Me señaló el horizonte con un dedo y después le dijo al gordo que tenía un amigo en Bolivia al que le iba muy bien. Eso reanimó la charla y yo bajé a estirar las piernas y a poner la tapa en el tanque de nafta. El eje del Bedford había dejado una marca larga en el pavimento. Era uno de los primeros modelos nacionales, del 58 o el 59, y no podría llegar mucho más lejos. Las duales que se le habían disparado estaban entre unos pajonales, lisas como azulejos. Di una vuelta para mirar la carga, subí por la baranda y sin tironear mucho saqué un par de sandías. Al volver vi que Coluccini golpeaba el volante y trataba de convencer al chofer de que vendiera todo y lo acompañara a Bolivia.

—La carga no es mía —dijo el camionero—. Viene de San Pedro, de un tal Rodríguez.

—¿Y cuánto puede valer? —preguntó Coluccini.

—Fácil diez millones —dijo el otro.

—Y al camión le podemos sacar cinco más —agregó el gordo.

—Por lo menos, pero vamos en cana seguro —dijo el chofer riéndose—. Avise en Colonia Vela para que me manden el auxilio.

—Lo puedo acercar, si quiere. Cuando Rodríguez se entere nosotros ya estamos a dos mil kilómetros de acá.

—¿Y la familia?

—La lleva después, hombre. ¿Sabe lo que falta en Bolivia? Argentinos, faltan. Los pagan a precio de oro, allá.

Ahí se hizo un silencio. El gordo se había quitado los anteojos negros y el otro lo miraba con la boca abierta, plantado bajo el rayo de sol.

—¿Le parece? —dijo al fin—. ¿Y usted a qué se dedica?

—Acá con el amigo Zárate estamos en la informática —explicó y me señaló con un gesto.

Iba a intervenir pero si lo hacía me condenaba a seguir a pie. Coluccini no se bajaba del auto y el otro estaba concentrado en la familia y en el oro de Bolivia.

—No sé, lo tengo que pensar —refunfuñó.

—Está bien —dijo el gordo, decepcionado, y arrancó sin saludar hacia donde había señalado el otro. En cuanto puso la tercera me alcanzó un cuchillo y me pidió que le cortara una tajada de sandía.

Abrimos las ventanillas y fuimos despacio, escupiendo semillas en silencio, hasta que le pregunté quién era Zárate.

—¡Ah, Zárate! —respondió como si le hubiera tocado una vieja herida—. Un socio que tuve y que ahora está en Australia. —Apuntó el pulgar hacia atrás y agregó—: Ese infeliz se va a morir acá.

—¿A quién le iba a vender la mercadería?

—A otro camionero. Los que pasan vacíos llevan plata y hacen negocio con los desgraciados que se quedan en la ruta. Este país está podrido. Finito. Oiga, hace rato que quiero preguntarle: ¿Qué es eso de la informática?

—Programas para que las computadoras hagan lo que uno quiere.

—¿Y usted se piensa salvar con eso? —preguntó, sorprendido.

—No creo. En Europa tenía una buena situación pero se me dio por volver. Y como usted dice, ya es un poco tarde.

—¡No, no se entregue! —gritó, y parecía sincero—. Míreme a mí. Yo soy un viejo rutero, Zárate. En el camino cuando todo parece perdido, siempre queda una última maniobra. Un golpe de volante, un rebaje, algo, pero nunca el freno. Usted toca el freno y está perdido.

—Mi nombre no es Zárate.

—Discúlpeme. Hace tanto que no tengo noticias... anduvimos juntos en la buena y en la mala. Más bien en la mala, bah. Un día Zárate se me presenta y me dice «al carajo con tu circo, yo me voy a Australia». Y se los llevó a todos: a mi mujer, a los chicos, al payaso... Se salvaron todos.

—¿Por qué no lo llevaron a usted?

Ahí le cayó un poco de sombra sobre la cara. Una grisura que venía de los álamos que bordeaban la ruta. Se puso los anteojos y se quedó en silencio hasta que llegamos al cruce de Colonia Vela.

—Que tenga suerte —le dije—. No se meta en líos.

—Pierda cuidado.

Puse la sandía en el bolso, le di la mano y caminé hacia una parada de ómnibus donde había una mujer con dos chicos.

—¡Oiga! —me gritó por la ventanilla—. Si un día va a Bolivia búsqieme por el American Express.

—De acuerdo —le dije y lo miré alejarse. El ruido del Gordini me quedó zumbando un buen rato en los oídos.

El ómnibus que venía de Rauch tardó un cuarto de hora. Pensé que no perdía nada con hablarle al chofer y me peiné lo mejor que pude. Subí detrás de la mujer y los chicos y cuando el tipo me preguntó adónde iba le dije que a la estación pero que no tenía con qué pagarle. Me miró por el espejo y me dijo que me ubicara atrás, del lado del pasillo.

—Si sube el inspector te hago una seña y te bajás —me tuteó. Era un morocho de poco más de veinte años que llevaba un pañuelo al cuello. Le agradecí y fui a sentarme. Casi todos los pasajeros eran peones de las estancias y había un solo tipo vestido de traje que me saludó con ganas de entablar conversación.

El primer negocio grande que pasamos era una concesionaria de tractores. Más allá apareció un taller donde estaban preparando un auto de carrera y luego un supermercado con dos guardianes y una barricada larga en la puerta. Las casas bajas, sin jardín, habían perdido la galanura de otro tiempo. Debía ser la hora del apagón, porque el único semáforo de la avenida principal estaba sin luz. El ómnibus se detuvo dos veces para dejar pasajeros y cuando llegó a la plaza el chofer me hizo señas para que me bajara. Enfrente había un cine cerrado y en la esquina estaban el Banco Provincia y una compañía de seguros. A mi derecha vi la iglesia y al otro lado de la plaza un hotel y un bar abierto.

Tenía hambre y ganas de mojarme la cara. Aproveché que en la plaza había bancos bajo los árboles y fui a sentarme para cortar la sandía. Si hubiera tomado la

precaución de recoger una lata vacía me habría hecho un mate frío con la yerba que llevaba en el bolsillo. También necesitaba una cuchara y un poco de papel de diario para prender el fuego. Eché una mirada en el basurero pero no vi nada que me sirviera. Frente a la estatua de San Martín había un monolito y más allá una fuente. Me fijé que no anduviera cerca el cuidador y fui a mojarme la cara. Me molestaba andar sin calzoncillo porque tenía la sensación de estar desnudo. El traje marrón aguantaba bien la mugre del camino pero los zapatos estaban blancos por el polvo y había perdido un botón de la camisa.

Pasé bajo el sable del Libertador y busqué un borde filoso para cortar la sandía. Me acerqué a un monolito que tenía una buena punta de cemento pero entonces leí un nombre y abajo una inscripción que decía «Caído en la guerra por nuestras Islas Malvinas». Como no encontré otra cosa la abrí con la hebilla del cinturón y me tiré a comer sobre el pasto. Me pregunté si Coluccini llegaría al paraíso boliviano o si terminaría en el calabozo de algún pueblo de mala muerte. No estaba seguro de que fuera italiano ni de que hubiera sido dueño de algún circo, pero lamenté que no llevara la misma dirección que yo. Al levantar la vista vi a un cura que atravesaba la plaza en dirección a la iglesia. Iba con la cabeza descubierta pero parecía indiferente al sol. Cruzó la calle y sacó un llavero enorme con el que abrió la puerta mayor. Al rato apareció un coche fúnebre y atrás otros cuatro autos de los que bajaron unos tipos trajeados y dos mujeres con el pelo cubierto. Los hombres sacaron el ataúd y lo metieron en la iglesia. Luego escuché la música de un órgano y más tarde, cuando yo ya había terminado de comer, salieron

con el finado para el cementerio. El cortejo se alejó y todo volvió a la calma, como si hubiera toque de queda. Dormité un rato y luego, al ver que nadie pasaba por la calle, me limpié los zapatos en el pasto y fui al bar a preguntar dónde quedaba la estación.

4

El patrón era un gallego que hablaba como si recién hubiera desembarcado. Le gustaba charlar, como a todos los hombres que están al otro lado del mostrador y enseguida se interesó en mi caso. Quiso ver el boleto del tren y se quejó de lo mal que andaba todo antes de darme la noticia de que habían levantado el ramal de Colonia Vela y la estación estaba cerrada desde hacía más de un año.

En días de banco ése debía ser el lugar de reunión de los estancieros y los comerciantes porque no se veían mujeres ni jóvenes. En alguna parte, atrás de la heladera, funcionaba un generador de electricidad que hacía el ruido de una moto. En el fondo había mesas donde los clientes jugaban al mus y al truco y dos billares que quedaban de tiempos mejores. El gallego me preguntó qué iba a tomar y le dije la verdad, que andaba sin un peso.

—Lo que pasa es que en este país nadie quiere trabajar —comentó y se dio vuelta para preparar dos exprés que le había pedido el mozo.

Yo ya había escuchado eso antes. Aspiré el olor del café que llegaba con el vapor de la máquina y como el patrón no me veía me guardé unos terrones de azúcar que había sobre el mostrador.

—No lo digo por usted —agregó el gallego, seguro de que yo seguía allí a la espera de su misericordia—, lo que pasa es que ahora está de moda ser pobre. Vaya a ver a la capilla; la gente no va más a rezar, va a comer gratis. Los chicos no saben más que pedir limosna y a la policía no la dejan hacer nada. No sabe cómo quedó el supermercado, acá. No dejaron ni los escarbadientes.

—¿A usted le parece que podré conseguir trabajo?

—Vea —se dio vuelta con un pocillo en cada mano—, el que no trabaja es porque no quiere.

—¿Y dónde le parece que busque?

—No sé, si camina un poco el campo... ¿Usted tiene familia por acá?

Le comenté que tenía una hija en España pero no se le movió un pelo.

—Está de moda irse —me dijo, y le sirvió un Cinzano con una rodaja de limón a un tipo de bigotes que se acercó al mostrador. Era uno de los que habían cargado al muerto y como se pusieron a charlar entre ellos me di cuenta de que tenía que irme.

—Hay un camionero tirado en la ruta —dije antes de salir—. ¿Puede avisar que le manden un auxilio?

—¿Es de acá? —preguntó el de bigotes.

—¿Qué tiene que ver? Se está cocinando al sol.

—De los camiones se ocupan en lo de Castelnuovo —dijo y me mostró la boca llena de maníes y papas fritas.

Pregunté dónde quedaba lo de Castelnuovo y crucé la plaza. Anduve un par de cuadras por la sombra hasta que encontré la avenida por la que había entrado con el ómnibus. Más adelante pasé por el club Unión y Progreso, que era apenas un boliche con una cancha

de fútbol. Allí me dijeron que tenía que seguir derecho hasta llegar a una farmacia y luego doblar a la izquierda siguiendo la acequia. En una esquina encontré tirada una lata de cerveza pero no me servía porque era de las que se abren de un tirón y no dejan suficiente lugar para meter una cuchara. Igual no tenía la cuchara así que le di una patada y seguí caminando hasta que encontré la calle de tierra.

Castelnuovo tenía un tallercito y un terreno donde debían parar los camiones que estaban de paso. Golpeé las manos y por un instante me imaginé gritando «Ave María purísima». Debo haber sonreído pero en realidad estaba de mal humor. Eché un vistazo por los alrededores de la casa hasta que un perro atorrante salió a chumbarme y tuve que retroceder hasta la vereda. Al rato apareció una mujer como de cuarenta años, que acababa de despertarse, y me preguntó qué quería. El perro se quedó a su lado, ladrando y moviendo la cola. Le grité que en la ruta alguien necesitaba los servicios de Castelnuovo y ella me respondió también a los gritos que Castelnuovo estaba muerto y que los camioneros eran unos ingratos hijos de puta. Me quedé sin saber qué contestarle, abrí los brazos y miré a los costados para ver si no nos estaba mirando algún vecino. Para sacarme el asunto de encima le avisé que era un Bedford cargado de sandías, que estaba a unos pocos kilómetros por la ruta y ella quiso saber dónde había dejado yo mi camión. Le dije que no tenía pero como estaba harto de charlar a la distancia le di las buenas tardes. No bien me volví escuché un grito y la atropellada. Traté de hacerme a un lado, pero igual el perro alcanzó a clavarme los dientes atrás del tobillo y

siguió la carrera, furioso, ladrándole a los árboles, mientras la mujer le gritaba «quieto Moro», sin moverse de la puerta de la casa. En el momento lo que más me inquietó fue el pantalón roto. Ahora sí me parecía a un croto cualquiera y no podría presentarme en ninguna parte. Me sentía ridículo, y en lugar de agacharme a ver la herida me pregunté qué hacía allí parado, metido en la vida de los camioneros, mordido por un perro de morondanga en un pueblo desconocido mientras mi hija me escribía cartas a un poste restante al que tal vez nunca llegaría. Desanduve la calle rengueando entre terrenos baldíos, a la sombra de los álamos que bordeaban la acequia. El perro corría como loco, levantando polvo, y pasó de nuevo a mi lado antes de entrar a la casa. La viuda de Castelnuovo le debe de haber pegado con algo duro porque el animal gritó y luego volvió el silencio. Me senté en el cordón de la vereda y saqué el pañuelo para limpiarme la lastimadura. No era gran cosa: me había agarrado de refilón con un solo colmillo, pero casi no sangraba. Un chico que pasaba con una pelota se paró a mirarme. Le sonreí, pero me di cuenta de que me había puesto colorado.

—¿Está cansado, señor? —me preguntó e hizo picar la pelota contra el suelo.

Le contesté que sí pero como no quería asustarlo me puse de pie enseguida y le dije que no era nada. La pelota que tenía el pibe era de un plástico que imitaba los gajos de las de cuero. De chico yo había tenido una de goma que picaba mejor, aunque todas eran igual de irresistibles. Cuando la tiró contra la pared y vino para mi lado la levanté con la punta del zapato y se la devolví de cabeza. Entonces sentí que me dolía el tobillo y crucé la calle a los

saltos. El chico me preguntó si me había lesionado en la jugada y eso me hizo reír de buena gana.

Fuimos caminando juntos, el pibe silbando y yo tratando de andar derecho. Le pregunté dónde vivía y me respondió que más allá, cerca del frigorífico. Luego me contó que se llamaba Manuel y que jugaba de nueve en las infantiles de Unión y Progreso. Tendría once o doce años y manejaba bastante bien la pelota; mientras caminábamos la hacía bailar sobre la cabeza y la bajaba por la espalda como si la llevara atada al cuerpo.

—¿Usted siempre fue rengo? —me preguntó al fin con tono respetuoso.

Le conté lo que me había pasado con el perro y me pidió que le mostrara la lastimadura.

—A la pucha, la pierna se le está poniendo azul —dijo—. ¿Vive lejos?

—Estoy de paso.

—Venga al club que le pongan una venda. Es acá nomás.

Poco a poco la calle empezaba a recobrar un poco de vida. Eran casi las cinco de la tarde y se veían paisanos en bicicleta, camionetas con peones que se preparaban para el baile y algunos coches siempre manejados por hombres. En la esquina del supermercado había un policía a la sombra que tenía un pucho entre los labios y de vez en cuando saludaba a algún conocido. Antes de pasar frente al vigilante el chico cruzó a la otra vereda tironeándome del saco.

—Acá lo llevaron preso a mi papá —me dijo y agregó con cierto orgullo—: Hay una foto de él en la vidriera.

Seguimos en silencio hasta que llegamos al club. Era una cancha pelada, casi sin marcas, con el alambrado roto

y unos vestuarios de madera. Adentro ya estaban peleando unos cuantos pibes en zapatillas, dirigidos por un tipo barrigón que llevaba una gorra con los colores de San Lorenzo. El chico me dejó la pelota y fue corriendo a buscarlo. Todo me parecía lejano, como si le ocurriera a otro o como si lo viera en una película. El entrenador vino a verme y me dejó hacer sin dar demasiadas explicaciones. Fuimos al vestuario y me hizo acostar en una mesa mientras los chicos se amontonaban para ver lo que pasaba.

—Yo que usted me haría poner la vacuna —me dijo mientras me limpiaba con alcohol. Después me colocó una venda bien apretada y me convenció de que me quedara a descansar hasta después del partido.

Una vez que me dejaron solo hice una almohada con la toalla y me dormí enseguida. Desperté a las dos horas, cuando los chicos vinieron a cambiarse. El entrenador les ordenó que se dieran una ducha y avisó que los que iban a cenar en la capilla lo esperaran al lado de la camioneta. En cuanto se fueron me preguntó si me sentía mejor y sin andarse con vueltas quiso saber cuánto tiempo llevaba sin comer.

—No sé —le dije—. Bastante.

—Venga —dijo—, el curita le va a dar un plato de sopa.

Subí a la camioneta con los pibes, y como me hacían tantas preguntas sobre de dónde venía y adónde iba, les dije que en mi tiempo yo había sido arquero de Banfield. Al principio no me creyeron, pero cuando el chico que me había acompañado les contó que yo movía muy bien la pelota se interesaron en los detalles y uno de ellos me preguntó cuántos penales había atajado en mi vida.